

**LOS CONTORNOS BORROSOS DE LO NACIONAL
EN LAS ANTILLAS HISPÁNICAS**

JAMES COHEN

(Universidad de París VIII;

Instituto de Altos Estudios de América Latina, París)

Traducción al español de Sonia García López

A Paul, que apoya a los jóvenes como pocos profesores, que defiende sus convicciones y favorece el intercambio de ideas como pocos ciudadanos.

En los últimos veinte años los debates en ciencias humanas en torno a los temas de la nación y el nacionalismo no han dejado de renovarse hasta alcanzar una riqueza sin precedentes. Y no se trata solamente de una cuestión teórica, pues estos progresos están suscitados en parte por las controversias propiamente políticas referidas a esos temas. Esta permeabilidad de la relación entre el campo político y el científico es inevitable cuando se trata de un tema tan sensible políticamente como la nación, ya que la idea misma de nación, como entre otros apunta el historiador Gérard Noiriel, compete directamente al registro de la reivindicación política¹.

Cuando se invoca la nación –se trata, en la mayor parte de los casos de invocar *una* nación particular– quedan sobreentendidas lógicamente la aceptación de la legitimidad del *principio* de la nación y una concepción naturalizada del mundo entendido como un conjunto de Estados y de naciones. Invocar a la nación supone también, en la mayor parte de los casos, reconocer la legitimidad de las aspiraciones de las colectividades reconocidas como «naciones» con *soberanía política*, independientemente de que adquieran la forma de un Estado independiente (como es el caso más usual) u otra forma de autogobierno.

Hoy en día resulta cada vez más difícil sostener las teorías denominadas primordialistas, que fundamentan la existencia de las naciones a partir de solidaridades «étnicas», o de parentesco, presentadas como los puntos de origen objetivos de las colectividades y de sus conciencias nacionales.

¹ Cf. Gérard Noiriel, «Nation, nationalités, nationalismes» en *Etat, nation et immigration: pour une histoire du pouvoir*, París, Belin, 2001, p. 90.

Cada vez más a menudo, e inspirándose en la gran obra de Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas*², los investigadores parten de la idea de que las solidaridades nacionales son *construcciones sociales* en las cuales el factor imaginario no es tan desdeñable. Reconocen por ejemplo, con Anderson, que los sentimientos de pertenencia nacional se materializan en los flujos de comunicación reconocibles y pueden ser estudiados con los métodos de la historiografía y la sociología. Pero el contenido atribuido a estos flujos es un producto del imaginario social que apunta a la creencia más que a una demostración del enraizamiento «objetivo» de una nación en la historia.

Los investigadores que adoptan esta perspectiva –con un espíritu pluri- y trans disciplinar– examinan la forma en que, en cada caso particular, se manifiestan «los orígenes y la difusión del nacionalismo», como reza el subtítulo de la obra de Anderson.

1. NACIONES CARIBEÑAS EN MUTACIÓN

A escala planetaria se encuentran, claro está, distintos tipos de nacionalismo, distintos modos de difusión y distintos «modelos» de relación entre Estado, sociedad y modo de constitución de las naciones. La política comparada y los estudios de zonas determinadas del mundo (*area studies*) han ganado en rigor gracias a los interrogantes que en torno al hecho nacional han surgido en los últimos años. En este trabajo, se tratará de sentar las bases para un análisis comparado de tres países –la República Dominicana, Cuba y Puerto Rico– que, comúnmente contemplados, constituyen un interesante laboratorio para el estudio del fenómeno nacional. A pesar de formar un conjunto culturalmente coherente (y, por supuesto, la fórmula está por demostrar), estos tres países han conocido trayectorias políticas muy divergentes.

De los tres países, dos de ellos se cuentan hoy en día como «Estados nacionales», formalmente independientes, y un territorio ligado de manera particular a la metrópoli estadounidense. De los dos Estados independientes, uno se asemeja a una república latinoamericana o caribeña «clásica» por su condición de país del sur, económicamente dependiente respecto a Estados Unidos. El otro, habiendo comenzado su carrera de Estado independiente casi como protectorado de Estados Unidos se convirtió, a partir

² Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre los orígenes y la difusión del nacionalismo*, trad., Mexico, FCE, 1985.

de 1959, en el símbolo mismo, en las Américas y más allá de eso, de la ruptura antiimperialista revolucionaria. Hoy en día esa función, que ha atravesado numerosas etapas desde 1959, remite de forma mucho más palmaria a la representación que a una sustancia concreta.

En cuanto a Puerto Rico, decididamente no constituye, en términos políticos, la «segunda ala del pájaro» evocada en un célebre poema³. En 1898 se transformó en satélite de Estados Unidos, y desde 1952 pasó a ser «Estado libre asociado», no sin haber preservado una historia colectiva y unas dinámicas culturales propias. ¿Se trata de un pueblo que defiende, hasta en la práctica incorporación a los Estados Unidos, una «identidad cultural»? Más apropiado parece considerar Puerto Rico como el lugar de producción de los discursos *más diversos* sobre la identidad política y cultural de la colectividad, incluido el tema de la nación. Por sus vacilaciones y sus contradicciones en materia de expresión identitaria, y por su larga experiencia en cuanto a las relaciones «externas-internas» con Estados Unidos, se podría decir que Puerto Rico juega un papel precursor con respecto a los otros países citados⁴.

Hoy en día numerosos análisis demuestran que la soberanía de los Estados del sur –que nunca fue fuerte en comparación con los Estados metropolitanos– es cada vez menos factible debido a las coacciones de un sistema económico mundializante cada vez menos sometido a unas reglas que constriñe a los Estados más débiles a través de una política monetaria y de créditos que coarta cualquier ambición desarrollista a escala nacional⁵. Por otra parte, la relación Estado/nación entra en un periodo de gran incertidumbre en una época no sólo de transnacionalización de los grandes flujos económicos y financieros y de pérdida de la soberanía de los Estados, sino también de proliferación de las redes sociales transnacionales, es decir de la constitución de grupos –ya estén compuestos por élites, por clases medias, por inmigrantes asalariados, etc.– cuyo horizonte de vida se define con relación a dos (o más) territorios y «naciones»⁶.

³ Se trata del poema «Mi libro de Cuba» (1893) de Lola Rodríguez de Tió (1843-1924): «Cuba y Puerto Rico son / De un pájaro las dos alas... Sueña la musa de Lola / Con ferviente fantasía / ¡De esta tierra y la mía, / Hacer una patria sola!»

⁴ Esta idea es sugerida por Román de la Campa, *Cuba on My Mind: Journeys to a Severed Nation*, Verso, 2000, p.17.

⁵ Sobre este tema existen numerosos escritos. Recomiendo el de Sami Naïr, *Le différend méditerranéen. Essais sur les limites de la démocratie au Maghreb et dans les pays du tiers-monde*, París, Kimé, 1992.

⁶ Véase, entre otras obras que abordan esta cuestión, Arjun Appadurai, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, 1996.

En el comienzo del siglo XXI podemos decir que los contornos borrosos de la nación constituyen un factor de «convergencia» entre los tres países abordados. Cruel ironía: estamos lejos, tal vez en las antípodas, del sueño betanciano de una Confederación Antillana constituida por naciones orgullosas y soberanas. Para demostrarlo, examinaremos paso a paso los tres países y su relación con el tema de la nación.

2. LA REPÚBLICA DOMINICANA A LA VANGUARDIA DEL TRANSNACIONALISMO

De los tres países, República Dominicana es el que, a la larga, tendrá un destino más «clásico» en el contexto geopolítico, es decir, el más comparable con los otros países latinoamericanos y más generalmente con otros países del Tercer Mundo, a pesar de ciertas especificidades evidentes entre las que se cuentan: 1) un grado excepcional de control político ejercido sobre el país durante la mayor parte del siglo veinte por Estados Unidos (lo que sitúa a República Dominicana en la misma categoría que Haití, Cuba, Puerto Rico, Nicaragua y Panamá); 2) la singular forma de gobierno que comportó la dictadura de Trujillo⁷; y 3) desde luego, la larga y dolorosa historia de sus relaciones con Haití, llenas de racismo: un racismo a menudo suscitado y codificado por el Estado (*véase el artículo de Lauro Capdevila en este mismo volumen*). El odio a los haitianos y a los negros en general fue durante mucho tiempo un leit-motiv central en la vida política dominicana, y por ello resulta imposible hacer una abstracción al respecto cuando se reflexiona sobre los contornos contemporáneos de una *nación* dominicana.

Los nacionalismos que a partir del siglo XIX comenzaron a manifestarse en República Dominicana han servido de armazón ideológica a los más diversos y contradictorios proyectos políticos: los nacionalismos conservadores del XIX, el patriotismo incondicional acompañado del culto a la personalidad bajo el régimen de Trujillo, y más tarde los contranacionalismos antiimperialistas en sus diversas expresiones. Hoy, tras una larga y penosa ruptura con los autoritarismos (primero Trujillo, después Balaguer) el tema de la nación es evocado con mayor modestia y circunspección, no sólo a causa de la transición democrática, es decir, del trabajo de asimilación de las reglas del juego pluralistas que retira a los grupos políticos par-

⁷ Lauro Capdevila, *La dictature de Trujillo. République Dominicaine, 1930-1961*, París, ed. L'Harmattan, 1998.

ticulares el derecho a reivindicar la nación de manera exclusiva, sino también porque la colectividad nacional se *transnacionaliza* a gran velocidad.

Con el concepto de «transnacionalismo» nos referimos a la actividad de las empresas privadas que actúan más allá de las fronteras nacionales, pero también a los movimientos transfronterizos de las personas y sus efectos sociológicos. Este transnacionalismo puede definirse como «un proceso mediante el cual los emigrantes, a través de sus actividades cotidianas y sus relaciones sociales, económicas y políticas, crean campos sociales que atraviesan las fronteras nacionales»⁸. La República Dominicana se ha convertido, para sociólogos, politólogos y etnólogos, en un caso paradigmático de este fenómeno: gran cantidad de estudios serios analizan la formación de una «diáspora» dominicana muy estructurada (incluso desde el punto de vista político) a Nueva York, donde la población dominicana asciende a medio millón de personas y a otras ciudades del noreste de Estados Unidos⁹. Una vez admitida la doble nacionalidad, las redes de acción política y económica son auténticamente transnacionales. Este país constituye uno de los mejores ejemplos de una «nación desterritorializada», en el vocabulario de Nina Glick Schiller et al.¹⁰.

Los aspectos sociológicos de las redes transnacionales de emigrantes son muy variados: hay pequeñas y medianas empresas dominicanas cuya gestión supone una movilización transnacional, así como sucede con las redes de solidaridad familiar o local. Es demasiado pronto para conocer las implicaciones que a largo plazo puede tener esta situación para el desarrollo económico y social, pero en ciertos casos documentados, las redes pueden estimular dinámicas locales de desarrollo o incluso proyectos de «co-desarrollo». En cualquier caso, los gobernantes dominicanos han asimilado a la perfección la idea de que las «fuerzas vivas» de su nación están ahora geográficamente dispersas y exigen formas de movilización que desbordan el marco territorial.

⁸ Cf. Linda Basch, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton Blanc, *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments and Deterritorialized Nation-States*, Gordon and Breach, 1994, p. 22.

⁹ Cf. por ejemplo: Sherri Grasmuck y Patricia R. Pessar, *Between two Islands: Dominican International Migration*, University of California Press, 1991; Silvio Torres Saillant, «Visions of Dominicanness in the United States» en F. Bonilla, E. Meléndez, R. Morales, M. de los Ángeles Torres (eds.), *Borderless, Borders*, Filadelfia, Temple University Press, 1998; Patricia R. Pessar and Pamela M. Graham, «Dominicans: Transnational Identities and Local Politics», in N. Foner (ed.), *New Immigrants in New York*, ed. revisada, Columbia Univ. Press, 2001.

¹⁰ Véase nota 8.

3. CUBA: NACIÓN BIPOLAR, NACIÓN DIASPÓRICA?

Después de haber vivido una violenta y larga lucha para la independencia nacional (una lucha relativamente popular y democrática, especialmente en la versión martiana de su proyecto), Cuba pasó a principios del siglo XX por la directa dominación política y económica de Estados Unidos, con la fundación en 1902 de ese Estado formalmente independiente, bautizado por los historiadores cubanos como la «República mediatizada». Este régimen clásicamente neocolonial engendró, frente a él y en sucesivas olas históricas, oposiciones nacionalistas radicales y antiimperialistas. El discurso ideológico central del régimen surgió con la revolución de 1959 aparece desde este punto de vista como la superposición de un internacionalismo «socialista» a la soviética sobre un nacionalismo antiimperialista típicamente cubano.

Las afirmaciones nacionalistas y antiimperialistas del régimen castrista no le han impedido, en el contexto de la guerra fría, buscar la protección soviética mediante la transformación de Cuba en estado-cliente caribeño de la URSS. Ciertamente, un Estado-cliente un tanto atípico, salido de un proceso revolucionario más reciente y popular que los de los países del este, pero no menos sujeto a un sistema de control ideológico similar a las dictaduras del resto del bloque, que invocaba la agresividad confesada del vecino del norte como justificación permanente de tal cerrazón.

El carácter antisistémico de la revolución cubana, tan evidente en los años 60, es hoy en día, en el momento de la mundialización liberal y de la «hiperpotencia» estadounidense, difícil de demostrar: ¿cómo evitar llegar a la conclusión de que Cuba tiende desde hace algunos años a volver a convertirse en un país latinoamericano ordinario, prisionero como sus vecinos de un sistema mundial que ya no tolera ninguna desviación significativa con relación a la norma neoliberal? El internacionalismo socialista ya no brinda mucho auxilio ideológico a los dirigentes cubanos, sino que una campaña oficial tiende hoy en día a promover la nación cubana y la cubanidad como valores-refugio¹¹, como medio de conjurar la falta de soberanía real, especialmente en materia económica, así como el deterioro social de este «socialismo» condenado a administrar la penuria.

El exilio anticastrista radical en el sur de Florida pretendió encarnar a la «auténtica» nación cubana frente a un régimen revolucionario acusado de usurpar la identidad nacional. Pero después de más de cuarenta años de castrismo y de exilio, la población cubana en Estados Unidos se ha diver-

¹¹ R. de la Campa, *op.cit.*, introducción y capítulo 6.

sificado considerablemente, tanto desde el punto de vista social como del ideológico. No se puede asimilar *toda* la población cubana de Miami a los exiliados más fervorosos¹². Si hacemos abstracción por un momento de las divergencias políticas, observaremos que existe, y desde hace largo tiempo, un área cultural cubana que engloba a un mismo tiempo a la isla y a la «diáspora»¹³. Como bien lo demuestran Gustavo Pérez Firmat¹⁴ y Román de la Campa¹⁵, la «diáspora» cubana en Estados Unidos representa un polo de la colectividad cubana —una parte de una nación territorialmente escindida, políticamente polarizada, que mantiene sin embargo una coherencia de espacio cultural. Cualesquiera que sean las energías desplegadas por los militantes del exilio y por los del régimen dentro del territorio para negarse los unos a los otros, existe en la actualidad un contacto permanente— lo que no significa una entente perfecta —entre estos dos polos de la nación, «norte» y «sur»—. Por otra parte, el «norte» se diversifica y no se limita exclusivamente a los Estados Unidos, pues una presencia cubana nada desdeñable en España y en otros lugares contribuye al carácter abigarrado de esta «diáspora» que se busca.

Nadie puede saber qué talante político asumirá la transición post-castrista pero, ya desde este momento, la formación de redes de contacto transnacionales entre cubanos de diversos espacios, se afirma como una ola sociológica de fondo que transforma el paisaje de forma más segura y perdurable que todos los cálculos estratégicos y los discursos ideológicos, particularmente aquellos que buscan fijar la «nación» en su integridad territorial o en su soberanía eterna. Por otra parte, esta soberanía se encuentra amenazada por todos aquellos que sueñan con una futura república cubana tan «abierta» y «mundializada» que se convirtiera rápidamente en presa fácil para el FMI. (Al menos sabemos esto: los que se opongan a una transición neoliberal radical no lo tendrán fácil).

Si la ruptura entre la dirección castrista y los sectores más duros del exilio es total, pese a los acercamientos que ha posibilitado el fenómeno diaspórico, es porque es sostenida ideológicamente desde ambos lados. Las alas «duras» de cada una de las partes son las más ruidosas ya que, del

¹² Véanse María de los Ángeles Torres, *In the Land of Mirrors: Cuban Exile Politics in the United States*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2001, y R. de la Campa, *op. cit.*

¹³ Cf. la obra monumental de Louis A. Pérez Jr., *On Becoming Cuban: Identity, Nationality and Culture*, Chapel Hill/Londres, Duke University Press, 1999.

¹⁴ Gustavo Pérez Firmat, *Life on the Hyphen: The Cuban-American Way*, University of Texas at Austin, 1994.

¹⁵ *Op. cit.*

lado estadounidense están próximos al poder, y en Cuba, *son* el poder. Pero asistimos a la emergencia de corrientes, entre los cubanos de la «diáspora» menos afirmadas en el sentimiento anticastrista y que aspiran a una comunicación más abierta –menos saturada por los discursos ideológicos polarizantes– entre cubanos¹⁶.

Hoy, el resurgir del discurso nacionalista oficial esconde mal una pérdida de soberanía y una adaptación forzada al capitalismo neoliberal imperante. Pero –signo de los tiempos– los temas de la emigración y la «diáspora» comienzan a tener carta de ciudadanía en la investigación cubana, mientras que ciertos escritores del exilio, durante mucho tiempo marginalizados, son «recuperados» para una visión más «ecuménica» y translocal de la nación. Si bien es imposible definir por adelantado las características de la transición política que podría producirse en Cuba tras la desaparición de Fidel Castro, sí que podemos aventurarnos a decir que el próximo «modelo» de la nación cubana será necesariamente más modesto en sus pretensiones de soberanía y más «transnacional» en su concepción del gobierno, dada la dureza del entorno económico y estratégico y la importancia –ya notable– de la «diáspora» como fuente de riquezas.

4. PUERTO RICO: UNA NACIÓN TRANSTERRITORIAL INCRUSTADA EN EL ESTADO METROPOLITANO

Incluso teniendo en cuenta las particulares circunstancias de su inclusión en el espacio político estadounidense, podemos decir que Puerto Rico, en tanto que colectividad nacional llamada a vivir a caballo entre el Caribe y la metrópolis desde hace un siglo, posee una experiencia potencialmente rica en enseñanzas para otros países de la periferia cercana a Estados Unidos.

La dominación política directa por parte de Estados Unidos hizo de Puerto Rico, a partir de 1900, un animal político-institucional de especie hasta entonces desconocida: una colonia consagrada a la rápida modernización capitalista, en un régimen de dominación colonial directa que sin embargo comportaba una esfera parlamentaria administrada de forma rela-

¹⁶ Cada uno a su modo, los autores citados más arriba –Pérez de la Campa, Pérez Firmat y Torres– han contribuido a la constitución de este espacio público de encuentro entre cubanos de los dos espacios. Véase también el notable dossier, «Cuba, 170 años de presencia en Estados Unidos» publicado por la revista *Encuentros de la Cultura Cubana*, n.º 15, invierno de 1999-2000.

tivamente democrática (relativamente, sobretodo, respecto al entorno caribeño o latinoamericano). El pluralismo que ha podido reinar en esta esfera institucional, y más generalmente en la esfera pública, ha posibilitado una extensión extraordinaria del discurso de la nación, ya que el campo político se escindió en diversas concepciones sobre el «mejor» tipo de relación del pueblo con la nación, con la soberanía, con el poder norteamericano (el problema del «*status*»). Así, las tres «grandes» opciones –independencia, incorporación o mantenimiento de la fórmula del «Estado libre asociado»– forman, como dice el sociólogo Emilio González Díaz, una «Santa Trinidad» que resume y reduce a un esquema simple, demasiado simple, toda la vida política puertorriqueña¹⁷.

Los nacionalismos propiamente dichos son los de las diversas corrientes independentistas, moderadas o radicales. Electoralmente, su peso no ha alcanzado el 10% en cuarenta años, pero su peso sociológico queda realzado por la presencia en su seno de un sector todavía importante de la intelligentsia puertorriqueña, que sostiene toda una «vida simbólica de la nación», impregnándose de la idea de que Puerto Rico, «como toda nación que se precie» tiende «naturalmente» a la independencia.

Sin embargo los independentistas están lejos de poseer el monopolio sobre los discursos de la nación. En Puerto Rico se puede tener la falsa impresión de estar rodeado de independentistas ya que lo que se expresa a menudo con la retórica de la nación, incluidos los slogans de recelo antiimperialista, no es tanto la aspiración a la soberanía política como una búsqueda de autoafirmación colectiva de tipo cultural, «identitario» que permita a los ciudadanos distinguirse de los Estados Unidos... algo que en absoluto les impide, en última instancia, marcar su preferencia por una forma de unión permanente con Estados Unidos, así se trate del estatuto en vigor, el *Estado libre asociado* (ELA) o de la incorporación en la unión estadounidense como el estado n.º 51 («*estadidad*»).

La colaboración entre independentistas y partidarios del ELA en la afirmación cultural colectiva, bajo la forma de un nacionalismo políticamente *soft*, tiene un fuerte coeficiente cultural y simbólico, es un hecho patente de la vida electoral puertorriqueña desde hace varios años. Por la vía publicitaria también, el tema de la nación ha sido banalizado en el espacio público hasta el punto de convertirse en fetiche: la puertorriqueñidad sirve de argumento de autenticidad, no solo para los productos autóctonos (ron,

¹⁷ Véase Emilio González Díaz, «El misterio de la Santísima Trinidad y el partido del Status», revista *Bordes* n.º 1, Puerto Rico, 1995.

café), sino también para los cigarrillos Winston o la cerveza Budweiser, es decir, cualquier contenido comercial¹⁸.

Por otra parte, podemos hablar de un corte que en el seno de la colectividad puertorriqueña se ha producido entre la isla y la metrópoli y en virtud del cual numerosos puertorriqueños de la isla se niegan a reconocer como *verdaderos* hijos de la patria a los que parten y se quedan lejos mientras que los emigrantes y sus descendientes en la metrópoli tienen otras preocupaciones que la vida pública de su país de origen. La integración a la que aspiran los emigrantes en el espacio social y político de la metrópoli, que a menudo se manifiesta como problemática, prima sobre las consideraciones más lejanas e ideológicas. Una tentativa concreta en los años 60-70 para suscitar una movilización diaspórica masiva en favor de la independencia puertorriqueña, en detrimento de las reivindicaciones sociales de los mismos emigrantes, tuvo como consecuencia un monumental fracaso¹⁹. Dado que Puerto Rico no es un país del Tercer Mundo desde los años 40, la población emigrada no está obligada a movilizarse colectivamente, como lo hacen las «diásporas» de los países independientes del Caribe, para salvar a sus compatriotas de la miseria con *remesas*.

Asimismo, existe un grado importante de interpenetración entre los dos espacios. Los puertorriqueños de la emigración mantienen, de una manera o de otra, la memoria de su país de origen, y el uso del término «diáspora» se justifica sobre todo en este sentido. Ellos regresan regularmente por vacaciones, o por un periodo de tiempo mayor, y comparten con la isla ciertas formas artísticas y musicales que construyen un auténtico espacio cultural transnacional²⁰. Una corriente de artistas militantes cuya presencia es visible en Nueva York se esfuerza permanentemente por recordar a los puertorriqueños «de dónde vienen», difundiendo formas culturales que sustentan un fuerte lazo de identificación. Si bien es cierto que la población emigrada no siempre se apasiona por la vida política de la isla, y que los partidos políticos de la isla tienen escaso predicamento en la metrópoli, no es menos cierto que ciertos casos políticos que revisten tanta importan-

¹⁸ Las diversas formas de banalización de la retórica puertorriqueñista son analizadas con rigor e ironía por Carlos Pabón en *Nación postmortem. Ensayos sobre los tiempos de insoportable ambigüedad*, San Juan, Puerto Rico, Ediciones Callejón 2002. Véase también Arlene Dávila, *Sponsored Identities: Cultural Politics in Puerto Rico*, Filadelfia, Temple University Press, 1997.

¹⁹ Véase Andrés Torres y José E. Velásquez (eds.), *The Puerto Rican Movement: Voices the Diaspora*, Temple University Press, 1998.

²⁰ Véase Ángel Quintero Rivera, *Salsa, sabor y control. Sociología de la música tropical*, Siglo XXI, 1998.

cia para la isla como para Washington pueden ser en un momento dado objeto de «movilizaciones diaspóricas» en la metrópoli. Por ejemplo, la controversia en torno a la base naval de Vieques, así como el caso de los militantes independentistas liberados de la prisión por el presidente Clinton, se han convertido, desde las elecciones del 2000, en verdaderos envites de la vida electoral neoyorquina²¹.

Los nacionalismos «duros» o «blandos» de la isla, durante largo tiempo, han preferido «olvidar» la emigración si no era para condenar en abstracto lo que desde su punto de vista era considerado como una abominable *escisión* de la nación. Sin embargo, los tiempos comienzan a cambiar. La intelligentsia puertorriqueña, incluida el ala independentista, reconoce de mejor grado que antes que la colectividad puertorriqueña no puede ser reducida, en términos sociológicos, a la población de la isla. En 1993, el eminente profesor de letras en Princeton, Arcadio Díaz Quiñones denunció la «sistemática evasión» de la cuestión de la emigración por parte de los intelectuales puertorriqueños, así como «el olvido de la mezcla e hibridez de nuestra lengua y de nuestros muchos grados de bilingüismo»²². Poco después, un grupo de sociólogos de la isla publicó un libro sobre Puerto Rico considerado como «nación de viajeros» (*commuter nation*)²³. Un sociólogo de la cultura radicado en Nueva York explora desde hace varios años las contribuciones de la población emigrada a la construcción de una «identidad puertorriqueña», así como las formas de expresión musical que comparten los jóvenes puertorriqueños de Nueva York y los de la isla²⁴. A partir de ahí, otros investigadores tratan de teorizar la «nación desterritorializada» o la «etno-nación transterritorial»²⁵.

²¹ Véase James Cohen, «Défense commune et citoyenneté de seconde zone», *Limès* n.º 2, 2000.

²² Arcadio Díaz Quiñones, *La memoria rota*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1993, pp. 97 y 144.

²³ Véase Carlos Antonio Torre, Hugo Rodríguez Vecchini, William Burgos (eds.), *The Commuter Nation: Perspectives on Puerto Rican Migration*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1994.

²⁴ Véase Juan Flores, *La venganza de Cortijo y otros ensayos*, Ediciones Huracán, 1997 (traducción de *Divided Borders: Essays on Puerto Rican Identity*, Houston, Arte Público, 1993); *From Bomba to Hip-Hop: Puerto Rican Culture and Latino Identity*, Columbia University Press 2000.

²⁵ Véanse, entre otros trabajos, Frances Negrón-Muntaner y Ramón Grosfoguel (eds.), *Puerto Rican Jam: Rethinking Nationalism and Colonialism*, University of Minnesota Press, 1997; y Jorge Daony, *The Puerto Rico Nation on the move*, University of North Carolina Press, 2002.

Por otra parte, asistimos al comienzo de un retorno crítico de los historiadores sobre las formas concretas del nacionalismo, comenzando por el partido nacionalista de Pedro Albizu Campos. Una biografía política de esta figura capital del nacionalismo radical, publicada en 1991, aporta pruebas del contenido social ultraconservador de su visión²⁶. Empresa que arroja luz sobre las diversas tentativas que en los años 60-70 se dirigían a organizar la «junción» ideológica entre Albizu y la revolución socialista...

A pesar de estas nuevas vetas de la reflexión crítica, el tema de la nación continúa siendo sensible en Puerto Rico, ya que, tanto en los medios de comunicación como en los círculos intelectuales no es de buen tono cuestionar la seriedad de la problemática nacional. Desde la mitad de los años 90, las corrientes críticas que se adscriben al pensamiento postmoderno, denuncian con gran desenvoltura las fallas y las hipocresías del discurso nacional²⁷. Actitud que provoca crispaciones, pero también reflexiones de fondo.

5. CONCLUSIONES PROVISIONALES

Estos tres países, por encima de las diferencias importantes en sus trayectorias históricas, tienen en común hoy en día el hecho de estar en una situación de contacto prolongado, es decir de imbricación, con la sociedad estadounidense.

La relativización de la soberanía nacional, lo hemos visto, es admitida con cierto pragmatismo en República Dominicana, donde cada uno puede rendirse a la evidencia de que la «diáspora» aporta recursos vitales al país y que, finalmente, la nación de mañana será transterritorial y articulada sobre la metrópoli, o no será.

En los otros dos casos, asistimos a la eclosión, todavía muy minoritaria, de un pensamiento de toma de distancia con respecto a las concepciones unitarias y territorialmente íntegras de la nación. En Cuba, cierto nacionalismo antiimperialista continua estructurando el discurso oficial, e impide hablar abiertamente del carácter «escindido» y «diaspórico» de la

²⁶ Cf. Luis A. Ferrao, *Pedro Albizu Campos y el nacionalismo puertorriqueño*, Puerto Rico, Editorial Cultural, 1991.

²⁷ A los trabajos, ya mencionados, de Carlos Pabón, cabría añadir los de otros autores agrupados en torno a la revista *Bordes*, como Arturo Torrecilla, Jaime Benson Arias, Myriam Muñiz o Emilio González. Véase también Juan Duchesne Winter, *El ciudadano insano*, Ediciones Callejón, 2001

nación, y menos de los severos límites impuestos a la soberanía nacional en el sistema mundial contemporáneo. Sin embargo, ciertas orientaciones políticas concretas del régimen hablan más fuerte que los discursos: la búsqueda de socios comerciales en Estados Unidos (numerosas firmas responden a la llamada: sólo el gobierno federal y la derecha del exilio defienden todavía el embargo); el aumento de la tolerancia ante los desplazamientos transnacionales de los intelectuales y los artistas; y sobre todo, la gestión pragmática de las *remesas*, que se han convertido en la principal fuente extranjera de divisas para la economía cubana.

En cuanto a Puerto Rico, la casi totalidad de sus ciudadanos ha encontrado desde hace mucho tiempo un *modus vivendi* pragmático con los Estados Unidos pero, en el seno de la intelligentsia, sólo una minoría iconoclasta parece tener plenamente asimilada esta realidad, hasta el punto de cuestionar abiertamente la pertinencia de proyectos de separación o de autonomización. Al igual que el caso cubano, el de Puerto Rico nos invita a reflexionar sobre la tenacidad del imaginario nacional, en una época en que las colectividades nacionales desbordan sus fronteras territoriales.

Sin embargo, las tendencias observables en estos tres países caribeños hispanófonos no permiten llegar a la audaz conclusión, avanzada por ciertos investigadores contemporáneos, según la cual el debilitamiento de las soberanías y los vaivenes de las referencias a la nación anuncian para muy pronto una completa obsolescencia de los Estados nacionales²⁸. El que el rol de Estados en el sistema mundial se transforme rápidamente, que las evocaciones de la nación se diversifiquen en su contenido, o que los pueblos se transnacionalicen sociológicamente, no impide que sean todavía numerosos los sujetos sociales que piensan los contornos de las naciones en términos de fijeza. Este reflejo no desaparecerá tan pronto, ya que remite a pasiones fuertemente enraizadas. Sin embargo, la evocación de la nación —estos tres casos lo muestran palmariamente— será necesariamente, en un futuro próximo, más balbuceante, más polisémica, pues nadie posee todavía un lenguaje adecuado para describir el mundo contemporáneo en constante mutación. El orden político y económico que rige este mundo se acomoda perfectamente a los contornos borrosos de las naciones periféricas y propone cualquier cosa menos una refundación de esas formaciones nacionales sobre nuevas bases.

²⁸ Arjun Appadurai, *op. cit.*, cap. 6, evoca esta hipótesis con circunspección y modestia confesando que, observando en todas partes los desafíos lanzados a la soberanía nacional, no ve perfilarse en el horizonte un acuerdo institucional que viniera a sustituir eficazmente al Estado nacional en tanto que marco institucional del civismo y la justicia social.